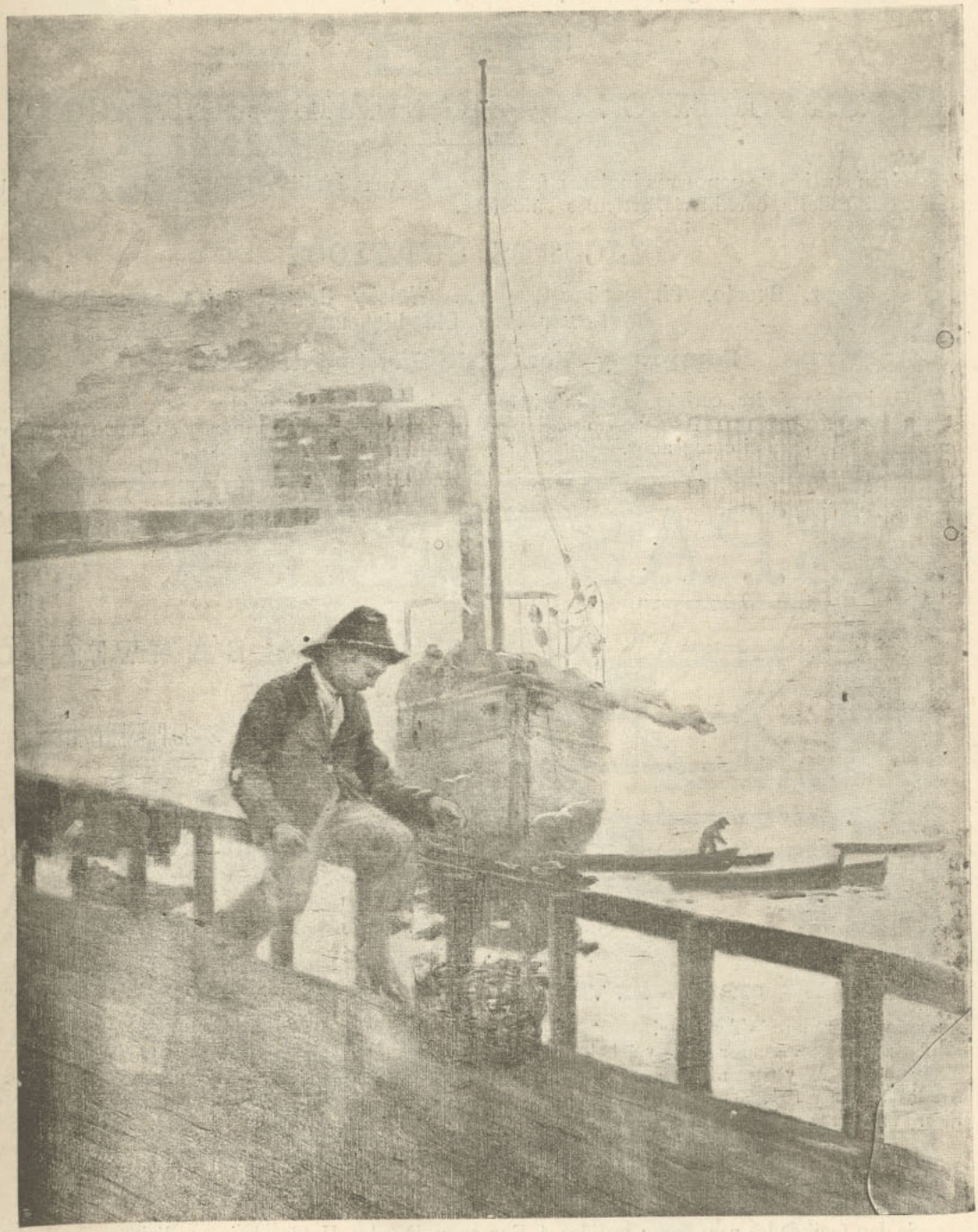
INSTANTÁNEAS

Semanario Festivo, Literario, Artístico y de Actualidades

Año I | Santiago, 3 de Junio de 1900 | Núm. 10



EN EL MALECÓN, Cuadro de Valenzuela Llanos

Simpson y Ca.

El Almacén predilecto de las Familias

ALMACÉN DE TÉ Y PROVISIONES

Estado esq. de Agustinas — SANTIAGO

Teléfono Inglés, 302 ✳ Casilla, 6 ✳ Teléfono Nacional, 140

TÉ

EL SURTIDO MAS GRANDE EN SANTIAGO

Gran surtido de conservas inglesas, francesas, alemanas é italianas. Porcelanas, cristales, plaqués, quincallería, cuchillería, artículos enlozados.

LICORES SURTIDOS

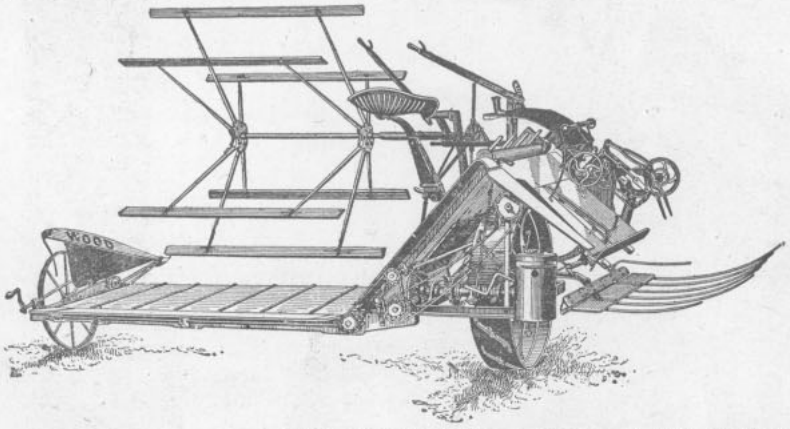
Coñac, Jerez, Oporto, Champaña Lemoine, Whisky Dewar Extra especial, Whisky Dewar Fine Old Liqueur

Compra y Venta de Frutos del País

Carbón de piedra, carbón de espino, leña trozada, papas, charqui, etc.

Servicio á domicilio y todo pedido del campo encajonado y puesto en la Estación, libre de todo gasto para el comprador.

DEPASSIER Y C.ª



SANTIAGO

REPRESENTANTES

DE

ROSE INNES Y Ca.

VALPARAISO

OFRECEN EN VENTA A PRECIOS SIN COMPETENCIA

Azufre y azufradores «Torpille».
Pulverizadores para curar viñas y árboles.
Aceites linaza W y para máquinas.
Arados 18, 19 y 19½.
Fierro en barras y para techos.

Máquinas harneadoras Boby, Núms. 1 y 3
» separadoras de clarincillo.
Cemento Portland Burham.
Cajas fierro contra incendios.
Pinturas de zinc A, B, K, L.

SEGADORAS DE TRIGO Y PASTO

ENCARGOS

Se dan facilidades para hacer pedidos á Europa y Estados Unidos bajo condiciones sumamente módicas, pudiendo trasmitirlos por cable, con grandes ventajas para los interesados.

INSTANTÁNEAS

Semanario Festivo, Literario, Artístico y de Actualidades

ES PROPIEDAD

Año I | Santiago, 3 de Junio de 1900 | Núm. 10

FUTURO ALMIRANTE

CUADRO DE DON ALFREDO VALENZUELA PUELMA

Valenzuela Puelma

INSTANTANEAS ha dado ya á sus lectores dos portadas, reproducidas de cuadros de Alfredo Valenzuela Puelma, *Una gitana* y una linda cabeza de niña.

Hoy completa este homenaje á las obras del colorista, la reproducción del hermosísimo cuadro presentado al Salón del año pasado y que él llama *Un futuro almirante.*

Alfredo Valenzuela Puelma en su Taller

Valenzuela Puelma no es un desconocido para nadie; *La lección de geografía*, la admirable *Resurrección de la hija de Jairo*, el cuadro expuesto en Madrid y juzgado por los críticos españoles como un portento de color y de verdad, *La perla del Mercader*, son obras que dan derecho á un hombre para creerse pintor de veras.

En cada Salón anual aparece la vigorosa mano de Valenzuela, demostrándose eximio retratista y dando á cada cabeza casi más vida y relieve que la que tiene en realidad.

Lo acusan de intratable, de vanidoso, de mal humorado; pero los que sólo atendemos al arte para juzgar á un artista debemos decir que ojalá todos nuestros pintores trabajaran con mal humor y con variedad. Además no lo creemos así. Valenzuela Puelma es un hombre ocurrente, caricaturista, músico, escritor, conversador, y más que todo eso, tiene un espíritu que es una veleta que gira hacia todos los vientos.

Un día se le encuentra con los pinceles desparramados, rota una tela, tumbada una silla, y él mismo con un ceño durísimo y violento:

—¿Qué pasa?

—Que los jesuítas se están adueñando de este país.

Pero hombre! y esto no lo sabe nadie.

—Ah no, es que los jesuítas son sordos, clandestinos, sigilosos. Eso es lo grave, que no se conozca que se nos vienen encima.

Esos días así, podría colaborar en *La Ley* sin discrepar de ninguno de sus redactores.

Otro día se le encuentra sereno, con cierta preocupación tranquila, escribiendo música en su mesa de trabajo.

—Qué es eso?

—Un *Ave María.*

—¡Hombre! ¿Y ese cuadro que está principiado?

—Un Corazón de Jesús.

Esos días así, podría ser redactor de *El Porvenir* y no lo echaría de ver ni el mismo señor presbítero don Alberto Vial.

Valenzuela Puelma se está marchando siempre á Europa. Tiene la nostalgia de los grandes centros artísticos, donde—hay que ser justo y franco—ha ganado aplausos y ha recibido los más halagüeños pronósticos para el porvenir.

Hace bien en irse... pero el hecho es que no se va, porque á pesar de sus nervios y de sus inquietudes, tiene aquí trabajo y se le hace justicia.

Alfredo Valenzuela ha tenido el original talento de hacerse de un enemigo en cada pintor.

Tiene tal ruda franqueza, que si un artista le muestra un cuadro malo y le pregunta su opinión, él contestará indefectiblemente:

— Es un mamarracho.

Naturalmente con esto no se gana amigos, y así no hay pintor que no le vuelva la mano, en cuanto esté de su parte.

Toda regla tiene excepción. Un día le preguntamos á uno de nuestros primeros artistas, un gran pintor y un hombre bueno, sin hiel y sin envidias, qué opinión tenía de Valenzuela, y él nos dijo:

— Es el *más pintor* de nuestros pintores.

SANTIAGO

Sigue el invierno. Y es natural que siga, porque es fácil suspender, pongo por caso, una representación teatral porque la tiple está con el pecho malo; pero no es fácil suspender el curso inevitable del barómetro, que desde mediados de mayo hasta agosto, se pasea entre *mal tiempo* y *temporal*.

Sin embargo, hemos tenido un veranito que permitió los espectáculos del domingo: carreras y toros, y el gran paperchase de Conchalí.

La Plaza de Toros sí que parecía cosa prohibida el domingo; tal era la afluencia de personas de ambos sexos Toros que hicieron uso de sus cuernos con buena voluntad y con coraje; banderillas que se clavaron en su puesto sin tener en cuenta al señor Besnard, que dijo que las banderillas le producían al toro cierto estado nervioso, y toreros de lo mejorcito que ha pasado por esta tierra, y de diversas estampas. *Cacheta*, populachero y dirigiéndose para todo al tendido de sol; *Chiclanero*, con su figura de actor dramático pero con la languidez de siempre; *Calderón*, valiente, modesto y afortunado; *Torerito* y el *Gringo*, acertando un rato sí y otro nó.

Los que creen que esto de los toros es tanta vergüenza para Chile como tener un Osorno en su mapa, se fueron á las carreras, donde por milagro no se despanzurró ningún ginete.

En cambio, en el paperchasse un capitán y un teniente sufrieron *lesiones* en la cara.

—*Lesiones* de la experiencia!—decía un concurrente, que á pesar de ser algo así como senador, no pronuncia las *cées* en «lecciones.»

A los que no les gustan los derramamientos de sangre no les ha quedado esta semana otra cosa que meterse el dedo en la boca y pararse en la esquina de Huérfanos con Ahumada á ver pasar gente.

Otros han creído más agradable ir á sofocarse al Apolo con el calor del público y la escasez de aire; y otros sufrir los calofríos del Olimpo, debidos al abandono helado de la opinión tandera.

Por lo demás, un magnífico tema de conversación:

—¿Vendrá compañía lírica?

—Si viene compañía lírica, ¿será verdaderamente lírica, ó tratarán de venírsela á pegar á todo el mundo?

El problema es grave, porque sería sensible que viniera una *soprano* que *salve* de todas las contratas del viejo mundo, un *bajo* que esté *bajo* del nivel de Wullman que no era mucho, un *tenor* que sea al *tenor* del pobre Lombardi que tuvimos el año pasado, y una *mezzo-soprano* que nos haga mesarnos el cabello á todos.

(*Dibujo de don Arturo Undurraga*)

DE MALAS GANAS

Dicen que Ducci dice — esto no es juego de palabras — que trayendo una Giachetti cualquiera de buenos ojos, tiene salvada la compañía. Con eso el señor Ducci puede salvar todo menos la moral; y además el grueso del público para mirar caras bonitas se para en cualquier calle, pero al teatro va á que le canten, no á que le hagan melosidades con los ojos y fruncidos líricos con la boca.

Los coros del Municipal no ganan con el tiempo, como los vinos envasijados. Por el contrario, los coros antidiluvianos que tenemos año á año y que se conservan con naftalina para que no se apollillen, están ya en tal estado de vetustez que hay coristas que, como á las casas con las canales rotas, se les está descascarando el blanqueo.

Sería conveniente que se les rellenara de nuevo con lana y con estopa — pues seguramente á estas coristas rellenas se refiere el proverbio que dice: *la mujer estopa*. Y se las entregaran al escenógrafo señor Latorre para que las refaccione y puedan así iniciar una nueva juventud.

Ojalá haya compañía lírica, sea bajo la batuta de Padovani, bajo los escritos de demanda de Bohème, ó bajo los *antipatiquisimos* auspicios del señor Ducci.

Está viejo ya el tema de los dos nuevos diarios de la tarde. Uno, *La Prensa*, ofrece ataúd gratis á los suscritores que dejen de existir... antes de ella. Otro, *El Mercurio*, va á durar cien años, según lo ha dicho ingenuamente *La Tarde*. Los suscriptores quedan, desde luego, en situación de optar entre el ataúd gratuito y la halagüeña profecía del colega de *La Tarde*.

Esperemos otra semana más, que lo que es la que ha pasado, vale poquita cosa, á pesar de eso de la *Apertura*, que merece capítulo aparte.

ANGELITOS AL CIELO

Compadézcase, señor, de este probrecito niño... Y el niño de aquella pobre movía realmente á compasión y á cariño. Era rubio, pero de un rubio ideal, dorado, finísimo, color de oro antiguo.

Y debía ser muy blanco el angelito, porque la tal blancura pugnaba por exteriorizarse, á despecho del forzoso abandono en la *toilette* del mendiguillo.

Venían todas las mañanas á colocarse al pie de los balcones del chaflán de una elegante casa.

Y allí los encontraba yo cuotidianamente, cuando iba á la oficina.

La madre, mujer de bastante edad, pero mucho más avejentada por los sufrimientos y privaciones, extendía un trocito de estera junto á los sillares de la fachada, y sentándose ella sobre las baldosas de la acera, colocaba al pequeñín encima de aquel menguado abrigo.

Y se ponía á hacer calceta.

Y repetía al paso de cada transeunte su melancólica súplica.

—Una limosna por amor de Dios. Compadézcanse de este pobrecito niño...

Un día, entre los muchos en que la di limosna para su hijo, para el lindo y revoltoso rubete que jugaba en el arroyo como pudiera hacerlo en su palacio el hijo de un monarca, la interrogué.

Si os contara lo que me refirió, la historia sería demasiado triste, y demasiado «cruda».

Aquel niño era el único que le quedaba de los ocho que habían alegrado su existencia, cuando en medio de la modestia de la vida obrera, tuvo casa y marido, y alegrías y esperanzas. ¡El único!

Y por un extraño movimiento operado en el organismo de aquella mujer, cuando lo perdió todo, cuando tuvo que pedir limosna, ella, que había acatado la voluntad divina con ejemplar resignación, no fué dueña de dominar la envidia y el odio que le inspiraban los niños de los demás y, sobre todo, los niños ricos.

Rico era el que vivía precisamente en el entresuelito de la rotonda, al pie de cuyos balcones venía á implorar la caridad pública la desdichada mujer. Y porque era rico, ni lo miraba siquiera cuando el cariñosísimo niño, abriendo los cristales, le daba dinero y pan y juguetes á su hijo.

Y porque era rico, rehusó con malsana é inverosímil soberbia el ingreso en un asilo con que la brindaron los padres del niño del entresuelo.

Su rubete carecía de todo; estaba enfermo; se le moriría como *los otros* el día menos pensado, y en cambio el de arriba...

—Esos no se mueren nunca, pensaba. Comen bien, duermen calientes, tienen cien médicos que les asistan; nó, no se mueren nunca.

Y ocurrió que una tarde—era el 1.º de noviembre—el niño del entresuelo salió á paseo en coche, como todos los días, con su mamá y con su hermana.

Cuando volvieron, más temprano que de costumbre, la mendiga observó que el niño rico venía más colorado, y que acusando alguna dificultad en los movimientos, fué preciso que entre la madre, el lacayo y el portero le ayudaran á bajar del carruaje.

Al día siguiente no se abrieron los balcones de la rotonda hasta después de las doce, y vez de asomarse la cabeza de negros rizos del adorable inquilino salieron de la habitación gritos ahogados y un penetrante olor á flores.

La mendiga no pudo reprimir su curiosidad, y poniéndose en pie, y empinándose, miró.

Allí estaba el niño rico, muerto en doce horas, por una repentina y horrorosa congestión meníngea. Y allí, en su cuarto (que era el de esos balcones) los últimos juguetes traídos acaso á deshora de *aquella noche* para «buscar» una sonrisa en los labios ya crispados, y flores, muchas flores, flores por todas partes; sobre el trajecito blanco, las más hermosas.

La pobre sintió un gran estremecimiento; levantó en brazos á su *rubete*, y diciéndole: mira, se ha muerto ese niño que te daba tantas cosas, «tu amiguito», y rompió á llorar amargamente.

—¡También se mueren los niños ricos!—debió pensar.

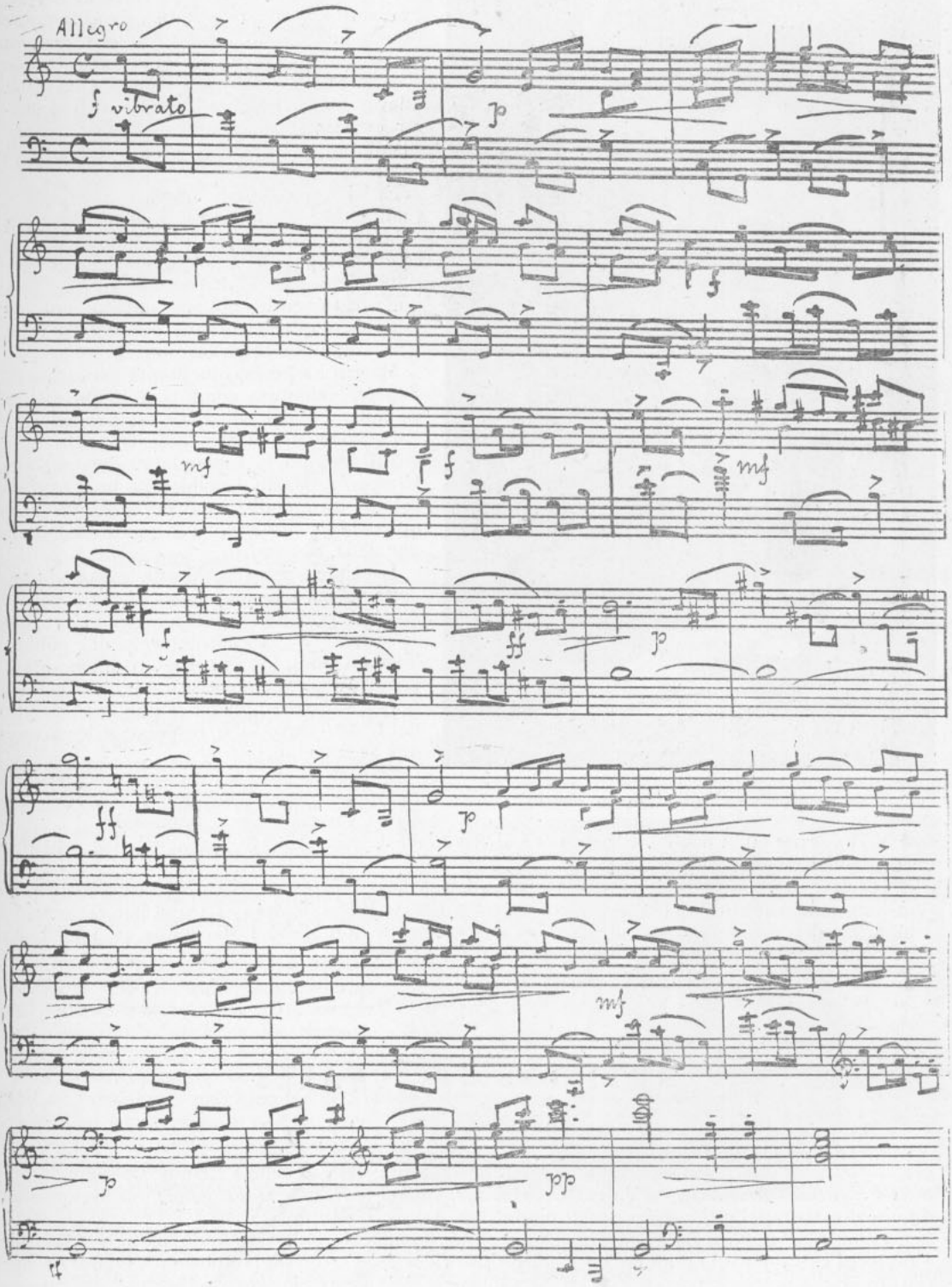
Y en seguida, cogiendo al mocete de la mano, emprendió una peregrinación vertiginosa por Madrid; pidió limosna á todo el mundo; la pidió hasta con formas destempladas. Y cuando hubo reunido varias monedas, se fué á la puerta de una iglesia, compró un ramo de flores, entró en el templo, rezó y se encaminó corriendo á la casita elegante, en la que continuaban abiertos los balcones de la rotonda.

Desde la calle, agarrándose á los hierros del balcón, llamó á una señorita que velaba el cadáver, le dió las flores, y la dijo:

—Señora, por Dios; yo he sido muy mala para estos pobres padres. Dígales usted que no me desprecien ese recuerdo, y que en cuanto lo dispongan, me iré al asilo con mi hijo...

DANZANDO EN LA ERA — Página del Maestro BRESCIA

(Para Instantáneas)



TEATROS

ZAPATER.— Caricatura de Martín

Las noches frías y lluviosas á ratos, han llevado buena concurrencia á los dos teatros. En el Apolo se van repitiendo algo las piezas y no se alternan como sería de desear, con verdaderos estrenos. En el Olimpo se siguen estrenando tenores de una manera desastrosa, y cada nuevo tenor es peor que el otro. Se ha traído un Requeni, como cosa nueva, y á ese hombre ya no le podían tolerar en Valparaíso, donde le decían *Rebruto*. ¿Tendremos en ese teatro un buen tenorcito algún día?

En el Apolo, los hombres son Zapater y Campos, los mismos que no han tenido la galantería de acceder á una invitación de este diario para facilitarnos unos estudios fisionómicos. No lo hacíamos por nosotros, que nos tienen los dos sin cuidado, sino por el público, que celebró las del popular Pepe Vila y que nos pedía otros.

Martín ha hecho una bonita caricatura de Zapater, talentosa como todo lo que sale de su lápiz, y que acompaña á estas líneas.

La noche del Martes hizo su reaparición en el Olimpo la «aplaudida tiple» señorita Ernestina Marín, recibiendo una ovación colosal, estupenda, como no habíamos visto otra. Hasta *El Ferrocarril*, que no se admira por nada, se admiró.

La tiple, señorita Marín, es una actriz culta y bien educada; está, además, rodeada de una excelente reputación, que la impone al respeto y á la consideración del público. Tenían, pues, los aplausos un doble significado: á la actriz simpática é inteligente, y á la mujer honrada y buena. También el público del teatro chico sabe respetar á los actores que se respetan.

Dentro de poco se estrenará una zarzuelita escrita en colaboración por los señores Pedro Rivas Vicuña y Oscar Sepúlveda.

Y el viernes en la noche se estrenó en el Apolo la de don Alberto Mackenna con el título de *Gabán de pieles*.

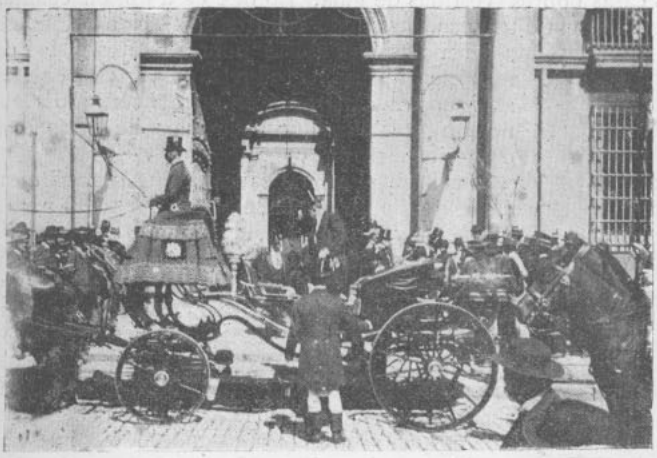
Hasta ahora todos los autores nacionales del género chico son parientes: Santiago *Vicuña Subercaseaux*, Alberto Mackenna *Subercaseaux* y Pedro Rivas *Vicuña*. La cosa por el momento está en familia, y como ya teníamos *Oro de mal agüero*, de don Manuel Mackenna, no falta quien espera otra de don Benjamín Vicuña, nuestro colaborador.

ARTISTAS NACIONALES

INSTANTÁNEAS, consecuente con su propósito de alentar á los pintores chilenos y dar á conocer sus obras, publica como portada una hermosa marina, de Valenzuela Llanos; de segunda portada *Un futuro Almirante*, de Valenzuela Puelma, y en el texto, *De malas ganas*, un hermosísimo dibujo al carbón del estimable y joven pintor don Arturo Undurraga.

A. de Géry publicó no ha mucho en *La Tarde* un artículo protestando de que se pensara dar á pintores extranjeros la obra de los cuadros históricos del Congreso. No podemos menos de asociarnos á esa protesta, porque está en la conciencia del mismo jurado que asignó los premios la idea de que los artistas premiados son capaces de ejecutar con brillo esa obra nacional.

APERTURA DEL CONGRESO



Sin brillo ninguno—por el contrario, con disgusto del pueblo que veía mermado el ejército y en situación de no poder salir á la calle—se efectuó la apertura del Congreso.

Haciendo un esfuerzo enorme conseguimos dar á nuestros lectores dos instantáneas, afortunadamente tomadas á la puerta de la Moneda por uno de nuestros colaboradores fotográficos.

La cosa no tuvo nada de particular... ni de general. Nadie ve con entusiasmo que se abra ese *habladero* de la calle de la Compañía, donde á vuelta de tres ó cuatro cosas útiles se dirán medio millón de palabras inútiles.

Pero en fin, eso está hecho y ya tenemos Congreso, y debemos resignarnos á oir los interesantísimos debates sobre la calificación de poderes.

SOR DOLORES

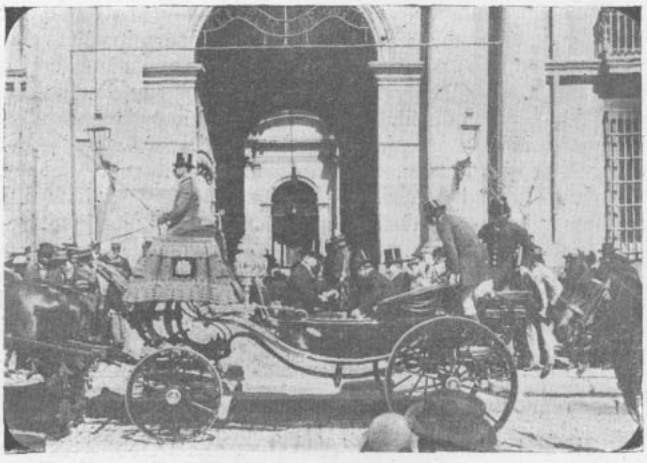
Á mi amigo Gustavo Mora Pinochet

Ahora que está la tarde triste, que el sol al caer sobre el horizonte tiñe el cielo de arreboles rojos y despierta en las almas recuerdos del pasado, mientras hojeo esta colección ajada de *El Bohemio*, que guarda entre sus hojas muchas flores marchitas, voy á contaros un pasaje de mi vida que más se asemeja á un cuento que á una historia.

*
* *

Yo no sé si lo he leído ó me lo han dicho que las impresiones de niño no se olvidan jamás. Lo único que sé á este respecto es que al meditar en lo verdadero de tales palabras, una multitud de recuerdos me viene á la mente, donde se revuelcan y barajan en confusa agitación.

Para mí, los recuerdos de la infancia están unidos, y pensar en el silabario con sus grandes monicacos, es recordar la casita vieja de la escuela, la señora que nos enseñaba las primeras letras, la sala enladrillada donde jugábamos á las bolitas y el patio donde se paseaba un enorme gallo brahma, que era todo el orgullo de aquellas gentes.



Pero al lado de todo esto hay un recuerdo que yo quisiera guardar no sé por qué motivo, una historia que ha vivido solamente en los enmarañados pliegues de mi cerebro y que si ahora sale al mundo, es porque se resistía á vivir por más tiempo en las profundas sombras de su cárcel.

Entre los compañeros de escuela había una hermosa muchachita. Desde un día que nos tuvieron castigados ¡y cómo lo recuerdo! Ella en un rincón estudiando catecismo y yo en el otro murmurando: ¿qué es gramática? Desde ese día de castigo nos vino á unir una extraña, confianza que en los días anteriores no habíamos sentido.

Debido á no sé qué causa extraña, siempre andábamos juntos, y ella á veces, tal vez sin comprenderlo, me solía mirar de tal manera que me dejaba embelesado.

Y así se pasó el invierno co n sus lluvias y la primavera con sus almendros cuajados de flores

y empezaron á sentirse los ardores del verano y los comentarios alegres de la Pascua, que se aproximaba con su Noche Buena y su Santa Claus.

¿Habéis visto alguna de aquellas casas pobres vestidas de gala? Lo que es á mí, en cuantas ocasiones las he visto se me ha llenado el alma de tristeza, pensando cuántos sacrificios cuesta esa alegría pasajera á esas pobres gentes, y lo que más me impresiona todavía, es ver esos objetos antiguos que aparecen en primer término y que no son otra cosa que recuerdos de otros años de mejor fortuna.

Señorita Ernestina Marín

Esa impresión me causaba nuestra pobre escuela el día de los exámenes: por todas partes banderas y trofeos, en el saloncito el sofá descubierto, muchas sillas esparcidas en redor de las paredes, y en el fondo, sobre una mesa muy negra y muy antigua, como objetos de gran veneración, dos candelabros de plata de aquellos que marcan época.

La directora, vestida de negro y muy enferifollada, se movía en todas direcciones, con una agitación nerviosa, atendiendo á nuestras mamás, que iban llegando unas en pos de otras para presenciar los exámenes.

Nosotros, en nuestra pieza de estudio, desmantelada y pobre, como siempre, esperábamos la señal de entrada. Allí, en la confianza, cómo nos admirábamos y desconocíamos unos á los otros. Yo, vestido con un traje oscuro de marinero, de pantalón corto, ancho cuello vuelto y gran corbatón de rosa, no cabía en mí; y ella sencillamente vestida con un trajecito vaporoso á través de cuya tela se distinguían sus bracitos y su escote, con su carita un poco encendida, mientras la brillaban los ojos como dos carbones, me miraba á veces de frente, otras de reojo, con esa coquetería de las niñas chicas.

Por fin, se abrió la puerta y nuestra profesora nos hizo pasar al saloncito.

De cuanto sucedió allí, pocos y confusos son los recuerdos que me quedan; pues en ese momento perdí la cabeza, y aun más la perdí todavía, cuando noté que estaban haciendo leer á mis compañeros ante tanta concurrencia. Terminaba uno de leer, se sentía cierto murmullo de aprobación y de aplauso, y seguía otro y otro, y pasé también yo con mis frases terminaditas de memoria y mi lectura á tropezones, y vino ella con sus palabras muy bien pronunciaditas con una voz temblorosa, con sus ojos chispeantes y su dedito que irritaba al recorrer los renglones del libro.

Y así vimos desfilar los exámenes, unos en pos de otros, y vimos aproximarse el momento de la repartición de premios. Estos consistían en aquellos libritos que tienen impresas sobre tapas de colores, sendas liras y, en una esquina, el nombre del autor.

La felicidad de recibir premios nos hizo perder un poco la cortedad que nos inspiraban tantas señoras y nos permitíamos comentar en voz alta los *monos* de nuestros libritos, que tanto nos llamaban la atención.

A la caída de aquella arrebolada tarde de diciembre terminó la fiesta, y acompañados de sus mamás ví alejarse á mis compañeros de escuela y á ella, de quien me despedí en la puerta con una débil tomada de manos y una infantil sonrisa en la mirada.

Después.. la perdí de vista.

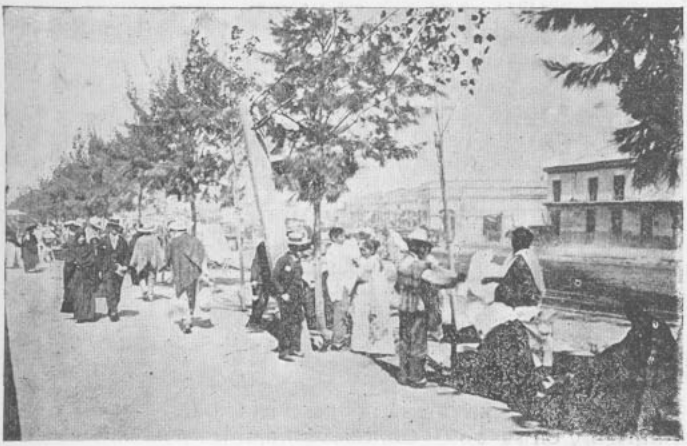
*
* *

El mayor elogio que deseo para mis artículos es un suspiro, pero ese suspiro ha de nacer del fondo del alma de alguna muchacha que sea muy bonita y muy buena. Así pienso ahora y así pensaba entonces, cuando editábamos *El Bohemio*, y en mi acostumbrado viaje hacia el Liceo no dejaba cuartucho ni ventana que no observara por ver si me encontraba con la deseada lectorcita.

Un día, al cruzar una de las tantas callejas pobres de Santiago, ocupado en dar un último vistazo á mis lecciones, se me presentó tras una antigua ventana de reja una chicuela que leía *El Bohemio*.

Me detuve un momento para mirarla: eran sus ojos muy negros y su cabellera muy rubia. Al volver la hoja del periódico, levantó la vista y yo continué mi camino diciéndome: «Esta cara me recuerda á alguien.»

Después de esto me parece inútil decir que por las tardes, al volver del Liceo, pasaba por allí fijando la mirada en aquella ventanita. Se efectuaba en ella algo muy curioso: á la hora en qué acostumbraba pasar, se abría y tras los barrotes se dejaba ver aquella hermosa cabecita rubia y aquellos ojos negros que me miraban y me seguían á la distancia.



(*Fotografía de D. Carlos Guzmán*)

A la orilla del Mapocho

¿Quién será?... Ojos negros, cabellera rubia y muy bonita, no podía ser otra persona para mí que mi amiguita de la escuela.

Por fin, una tarde de mayo se desvanecieron mis dudas. Era esa hora del crepúsculo. Las sombras que invadían poco á poco el paisaje, luchaban con la escasa luz de un farol que con sus amarillentos reflejos esclarecía un corto trecho de la acera y parte de la ventana que tanto me preocupaba entonces. La calle solitaria se empezaba á humedecer por una espesa llovizna que caía. Yo abrí mi paraguas y me aproximé á la ventana, donde me detuve un momento.

Una mano muy blanca la entreabrió suavemente; en la penumbra vi brillar dos ojos negros y una mano temblorosa se unió á la mía en saludo estrecho.

De lo que hablamos entonces, me sería difícil repetirlo. Las palabras se han ido, y aquellas miradas, más suaves que un rayo de luna jugueteando en el cañaveral de un lago transparente, y aquella mano blanca que temblaba en la mía, como un lirio mecido por las brisas de otoño, y aquel dulce embeleso, en el que se nos iba el alma en la mirada, no podría, por más esfuerzos que hiciera, pintarlo con todo el colorido de aquella realidad encantadora.

Al contarme su vida, ví desfilar la revolución con todas sus crueldades y sus crímenes. Me habló largo rato del saqueo, de la muerte de su mamacita querida, de la cesantía de su padre, y al recordar las pasadas amarguras, se le llenaban los ojos de lágrimas.

Yo, para distraerla, le pregunté por su padre.

—Está, ahora, en una hacienda cerca de Santiago, me dijo, á donde se va á pasar los domingos. A veces me lleva, pero hoy fué solo para volverse en el tren de diez.

En tanto, la lluvia se hacía más y más espesa y en la calle no se sentía otro ruído que el tic-tic monótono del agua al saltar sobre el asfalto y el pitar de los guardianes que pasaban embozados en sus capas. Yo me despedí de ella, y al alejarme, la oí decir mientras juntaba la ventana: Venga siempre, nó?

Todas las tardes, cuando se encendía el farol de la esquina, me aproximaba á su ventana. Una mano muy blanca la entreabría y unos ojos muy negros me llegaban al alma. ¡Y qué agradables como triviales eran nuestras conversaciones!

—¿Va esta noche á la plaza?

—¡Quién sabe! Se le ha puesto á mi papá que están las noches muy frías y que me puedo enfermar, pero pienso hacerle una jugada: me presento hasta con sombrero después de comer y, viéndome vestida, me lleva... porque es muy bueno.

Algunas ocasiones la llevaba flores y ella me preguntaba el significado de cada una de ellas, mientras la iba yo diciendo aquellos que conocía é inventando los que me eran ignorados. En cierta ocasión, mientras admiraba una orquídea que, según ella, se asemejaba á un pajarito, me preguntó:

—¿Y qué quiere decir esta flor?—Que V. es muy bonita, le respondí, mientras ella con esa carita de modestia ofendida que hace ver á las mujeres tan especialmente bonitas, me dijo: —Mire, déjese de bromas... ¿no?... ya sabe que no me gustan.

Y así pasó el invierno con sus lluvias y vimos aproximarse el mes de septiembre con sus almendros en flor. Nosotros en las tardes formábamos mil proyectos.

—Dame la *Libertá* por la *Tarde*.

—Eso mismo dijeron ayer en la Comisaría; pero en lugar de soltarme en la tarde, me echaron á la calle solo hace media hora.

—Mi papá me ha prometido, me decía en una ocasión, llevarme el diez y ocho al teatro y el veinte á las carreras; en fin, pienso pasear bastante. ¿Creerá que no conozco al Municipal?

Pero todos esos castillos se los llevó el viento de la mala fortuna. Llegó un día en que por más que se entró el sol, por más que el muchacho que todas las tardes se aproximaba con su larga caña á encender el farol, se aproximara como siempre y como siempre se iluminara un trecho de la acera y una parte de la ventana, ésta no se abría.

Me aproximé á ella, apliqué el oído á la reja y pude percibir un leve ruído, que no era otra cosa que sollozos, de aquellos sollozos lentos que producen las grandes penas, sollozos cuya explicación vine á comprender tan sólo al llegar á casa, cuando supe que había sucedido un gran accidente ferroviario al tren de diez, el día anterior, que era domingo.

En los días siguientes se apoderó de mí una indecible tristeza. Ya mi ventanita no se abría á la hora del crepúsculo; ya no aparecía esa cabecita rubia y esos ojos negros; ya no escuchaba proyectos de paseos.

Algunos días después, cuando me dirigía hacia la vieja ventanita para ver si podía divisarla, si podía conversar, siquiera un momento, con mi cabecita rubia, y escuchando sus suspiros, consolarla en cuanto se puede consolar un gran dolor, me encontré al llegar á ella con un cartel pegado en la ventana, que decía: «Esta casa se arrienda.»

*
* *

En una calle que conduce al Cementerio hay una iglesia pobre, vieja y descuidada. En las grietas de sus oscuras piedras crece el musgo y en sus rotos capiteles anidan las palomas.

Si alguna vez, á la hora del crepúsculo, acertáis á pasar por esa capilla, penetrad un momento á su solitaria nave, escuchad esos profundos lamentos del órgano, que van muriendo poco á poco, como una ilusión que se desvanece y ese murmullo suave y monótono de la oración que bate las alas tras la rejilla del convento.

Hace muy poco tiempo que he tenido ocasión de conocer esos contornos. Una tarde me aproximé á sus viejos murallones, atraído por el remate de la biblioteca del convento. Muchas novenas, muchos sermones se barajaban en confuso desorden é iban desfilando agrupados en lotes sobre la mesa del martillero. Y entre todos esos lotes apareció un paquetito sobre el cual se podía leer, escrito en letra fina: «Libros de la pobre Sor Dolores, que en paz descansa». Era esta misma colección de *El Bohemio* que nunca me cansaré de hojear, esta misma colección en cuyas páginas están trazadas por su propia mano varias anotaciones de su vida, entre cuyas páginas está la orquídea, mustia como un ave muerta y las tristes margaritas deshojadas por su mano cuando decía, como tratando de adivinar un porvenir sombrío:—Me quiere... no me quiere...

Por las tardes, cuando me abate la tristeza, suelo dirigir mis pasos á esa capilla envejecida y pobre, y mirando las palomas que revolotean sobre los capiteles de las columnatas, espero el crepúsculo y esas primeras notas del órgano, que semejantes á quejidos lastimeros, cruzan la nave como ondulando y se repiten allá en el santuario sumido en la penumbra y alumbrado por la luz amarillenta de las velas.

Entonces, sumergido en vago misticismo, mientras se esparce el sahumerio en los altares y llega á mis oídos el murmullo de las oraciones, pienso en mis días de ventura y pienso en ella, y en los rincones obscuros y entre las nubes del incienso, ya se me presenta, como en los días de la infancia, con su alegre carita que le forma un marco su obscura cabellera, ya creo divisarla afirmada en la pobre ventana, á la luz amarillenta del farol, con sus ojos negros de mirar sombrío, y ante aquellas apariciones que forja mi fantasía entre las sombras y el humo del incienso, suelo exclamar con el poeta Cosmes:

«Hoy esos labios se han marchitado,
hoy esos ojos sin vida están,
¡ai! esos seres, todo cariño,
¿por qué se mueren? ¿por qué se van?»

ANTONIO ORREGO BARROS

Constitución, enero de 1900.

¡ESTA ES!

Ya que en vida no pude contemplarte,
al saber tu muerte,
volando al cementerio fuí por verte.
Pero ¿cómo encontrarte?
Y al encontrarte ¿cómo conocerte?
De una tumba á los pies,
exclamé al contemplar mustio ciprés:
«Por más que el epitafio no la nombra,
la conozco; ¡esta es!
la que mata al ciprés que le da sombra!

NATURALMENTE

Salud, fortuna, paz; ¡cuanto tenía!
por una mujer *bella*, había dado
un sabio, tontamente enamorado.
Y esa mujer, en pago, le decía:
«*que no se decidía.*»
Pero un necio la mira... indiferente,
y ella dice «que sí»... *¡Naturalmente!*

Salvo el honor de la mujer ajena,
busco al calumniador, con él me bato;
ella me dice: «*que le mate*» y mato:
voy á presidio, extingo la condena,
y la mujer sin pena
á mi amorosa súplica inclemente,
me contesta: «*que nó*»... *¡Naturalmente!*

LA CUESTION DEL DIA

—¡Don Benito!
—¡Don Salustio!
—Pero, hombre ¿qué tiene usté?
Cada día se le ve
más pensativo y más mustio.
—¡Qué diantre! Hay mil aprensiones
que el ánimo reconcentran...
Ejemplo: el pie en que se encuentran
las actuales relaciones
con mi ..
—Dice usted muy bien.
Cuanto á eso yo experimento,
mi amigo, en este momento
la misma angustia también.
—Gracias.
—Y fuera inaudito
que hubiera algún insensible...
Porque el peligro es terrible,
créame usted, don Benito.
—No es tan terrible, en conciencia,
el que se divisa en casa;
la cosa hasta aquí no pasa
de cierta correspondencia...
—Correspondencia furtiva
que incuba siniestro plan..
Créame usted, ese Garland
tiene la cholla muy viva...
—Que la tenga! Buena cuenta
sé dar yo de esos *galanes*...
—Habrá que cruzar los planes
que ese insensato sustenta.
—Después de lo que se ha hecho
en pro de la paz común,
en muchos casos aún
cediendo nuestro derecho;
después de creerse libre
de toda perturbación,
¡descubrir de sopetón
un pastel de este calibre! ..
—¡La gorda se nos prepara!
Y fuera uno el importuno...
¡Pero tres!... y cada uno
quiere meter su cuchara...
—Pero ¿se ha vuelto usted loco?
¡Son tres, entonce á mi mal!
—Pero, hombre, hable usté en plural
que también me toca un poco...
—¿También usted? ¡Qué fortuna!
Ya no soy solo á merced ..
—Pero ¡gran Dios! ¿Viene usted
de los cuernos de la luna?
—¿Es alusión personal?
—¡Qué alusión ni qué ocho cuartos!
El hecho es que estamos hartos
de la situación actual,
y que es mejor de una vez
salir de ella en un momento.
¡Basta para detrimento
de nuestra vieja altivez!
—Es claro.
—Aunque un arbitraje
podía arreglarlo todo...
—Pero yo no veo modo
de que repare el ultraje.
—Es cierto. No hay más remedio;
la cosa está muy sencilla:
barrer con esa polilla
hasta quitarla de en medio.
—No es el remedio, á mi ver,
fácil de poner en práctica;
el caso requiere táctica
si no queremos perder.
Propongo un medio mejor:
si no hay forma de consorcio,
apelemos al divorcio
y que él nos salve el honor.
—El *divortium?*
—Yo no sé;
así se dirá en latín.
—Pero el divorcio es, al fin,
(para hablar como habla usted),
un recurso bien hallado,
pero contra un solo intruso,
como que se halla *su uso*
prescrito en cada tratado.
—Pero, hombre ¡por el demonio!
¿en qué jerga me está hablando?
¿O cree estarse burlando
de algún infeliz bolonio?
¡Se equivoca usté, á fe mía!
—¡Qué idea! ¡Burlarme yo!
¿Estamos tratando, ó nó,
sobre la cuestión del día?

—¿Cuál es?
—La internacional.
—Y eso ¿qué me importa á mí?
—Hombre... á la verdad, creí...
—Pues ha creído usted mal.
—Como hablaba, al parecer,
de relaciones, denantes...
—Me referí á las tirantes
que tengo con mi mujer,
la cual, con ciertos deslices
que casi me han vuelto loco,
me ha hecho subir hace poco
la mostaza á las narices.
Y como el mutuo consorcio
lo veda tan grave injuria,
de aquí me voy á la Curia
á que me acuerde el divorcio.
—¡Vaya un lindo *quid pro quo!*
Las relaciones... la paz...
¿Quién demonios no es capaz
de *intringulearse* cual yo?
—Y pensar que, sin ambajes,
también creí á usté en berlina...
—No, señor, creo una ruina
viajar en esos carruajes...
Y á mis años, francamente,
no me haría mucha gracia...
—Ya, sería una desgracia
que hubiese un *cambio de frente*...
Vaya, don Salustio, adiós.
—Buena suerte, don Benito.
(Y con placer infinito
se dan las manos los dos).

Y como éstos, hay la mar
de prójimos de valía,
que con la *cuestión del día*
se han vuelto locos de atar.

PEDRO E. GIL.

Mayo 17 de 1900.

Milton, después de desempeñar un papel importante en las guerras civiles, no fué inquietado después de la restauración de Carlos II.

—Milton - le dijo un día el rey—¿no pensáis que la pérdida que sufrís de la vista pueda ser castigo providencial?

—Nó, monseñor; si las desgracias son providenciales, recordad que vuestro padre murió en el cadalso.

INSTANTÁNEAS

SEMANARIO FESTIVO, LITERARIO, ARTÍSTICO Y DE ACTUALIDADES

Oficina: Moneda, 1164. — Correo: Casilla 655

La correspondencia debe ser dirigida al DIRECTOR DE INSTANTÁNEAS. Los originales, se publiquen ó no, se destruyen.

Número suelto..... 10 centavos
Número atrasado..... 20 ,,

Se admiten suscripciones sólo para fuera de Santiago á cinco pesos anuales, de 1.º de abril á 31 de marzo de cada año.

Se advierte á los comerciantes que exijan recibos impresos y timbrados á los agentes de avisos si pagan el valor adelantado.

Las Dos Californias

AHUMADA, 310

Gran surtido en mercaderías de invierno.

Frazadas Guarda Española, desde $ 5.00 cada una.

Franelas lindos dibujos, de 20, 25, 30, 40, 50 y 60 centavos vara.

Atención

Se realiza un gran surtido de refajos desde $ 1.50 cada uno.

LAS DOS CALIFORNIAS

LA CASA MAS RÁPIDA

Trajes en 6 Horas

Talleres de la Sastrería Matritense, única en su clase, 50 por ciento más barato que otra cualquiera. Sargas inglesas, traje desde $ 35.

134 - Calle Ahumada - 134

Guía Profesional é Industrial de "Instantáneas"

ABOGADOS

FRANCISCO IZQUIERDO
Abogado
Estudio: Agustinas, 1286

LUIS A. SANTANDER RUIZ
Abogado
San Antonio, 580; Empresa de Agua Potable.

VICENTE ECHEVERRIA
Abogado
San Ignacio, 174.

RAFAEL MOLINA ARZA
Abogado
Estudio: Delicias, 1039.

RICARDO MATTE B.
Abogado
Estudio: Bandera, 152

MÉDICOS CIRUJANOS

Dr. DAVID FRÍAS
Delicias, 1354. Consultas: de 12 á 3 P. M.

Pf. KRUMM HELLER
Delicias, 841. Establecimiento de sistema Kuhne y Kneipp. Consultas y baños: de 9 á 11 A. M.

DENTISTAS

ENRIQUE CUEVAS
Dentista
Amunátegui, 15. Consultas.

FLORENCIO HERNÁNDEZ
Dentista
Teatinos, 32. Consultas: desde 1 P. M.

Dr. RICARDO LARENAS
Dentista
Graduado en Filadelfia. Moneda, 1154.

G. SAEZ C.
Dentista
San Antonio, 52, al llegar á la Alameda.

CORREDORES DE COMERCIO

CARLOS A. VILLARREAL
Corredor de Comercio
Huérfanos, 830. Se encarga de la compra y venta de propiedades y títulos de crédito, conversión de deudas, etc.

ZAPATERIAS

FERNANDO ZÚÑIGA
Estado, 75
Especialidad en calzado para señoras, caballeros y niños.

BOTERIA ALEMANA
De Carlos Pluschke
Estado, 234

VARIOS

PRUDENCIO ARMIJO
Compañia, al lado de los Tribunales
Recibió variado surtido en naranjos y árboles frutales y de adorno.

ALMACÉN DE PROVISIONES
Calle de San Autonio, 69
Antiguo Almacén del Congreso.

HOJALATERÍA
Delicias, 841
Hace canales, cañerías, baños Kuhne á vapor, baños Thumm última invención y modelo.

«EL ARTE»
San Antonio, 86
Hace y compone paraguas, quitasoles, abanicos y cuanto se le presente.

En casa de respeto se arriendan piezas para oficinas.
San Antonio, 52

Sastrería Parisien

ESTADO, 52

No me admiran las glorias de la armada
ni la que armarse puede;
el buen *Pedro Pascual* sí que me asombra
y al probarme su ropa me conmueve.

Llaman «La Parisien» su sastrería
y así dicen verdad,
que en todo cuanto allí se confecciona
se luce el gusto de la gran ciudad.

PAUL LEBAS

Relojero Diplomado

CONTRATADO
Por el Gobierno en Francia

Especialidad en composturas de Relojes finos i complicados.

AHUMADA 356, altos de la Peluquería de JARDEL

IMPRENTA BARCELONA Moneda, 807 á 843